



LOS AÑOS VIEJOS

X. Andrade | María Belén Calvache | Liset Coba | Martha Flores | Ángel Emilio Hidalgo | Carlos Tutivén Román | María Pía Vera
Fotografía: Álvaro Ávila Simpson | François Laso | Florencia Luna | Jorge Vinuesa G.

PACO MONCAYO GALLEGOS
Alcalde Metropolitano de Quito

CARLOS PALLARES SEVILLA
Director Ejecutivo del Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito

FONSAL, 2007

Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito
Venezuela 914 y Chile / Telfs.: (593-2) 2584 961 / 2584 962

LOS AÑOS VIEJOS

Autores

X. Andrade, María Belén Calvache, Liset Coba, Martha Flores,
Ángel Emilio Hidalgo, Carlos Tutivén Román, María Pía Vera

Fotografía

Álvaro Ávila Simpson, François Laso, Florencia Luna, Jorge
Vinueza G.

Coordinación Editorial

Alfonso Ortiz Crespo

Editora

María Pía Vera

Diseño y diagramación: TRAMA

Dirección de Arte:

Rómulo Moya Peralta, Arq. / TRAMA

Arte:

Verónica Maldonado Dávila / TRAMA

Gerente de Producción:

Ing. Juan C. Moya Peralta / TRAMA

Preprensa: TRAMA

Impresión: Imprenta Mariscal

ISBN: 978-9978-92-523-2

Hecho en Ecuador, Octubre 2007

© TRAMA

Juan de Dios Martínez
N34-367 y Portugal
Quito - Ecuador
Telf.: (593 2) 2246315
Fax: (593 2) 2246317

www.libroecuador.com
www.trama.ec
editor@trama.ec
info@trama.ec

Prohibida la reproducción total o parcial del contenido de este libro sin la expresa aprobación de los autores.

LOS AÑOS VIEJOS

X. Andrade | María Belén Calvache | Liset Coba | Martha Flores | Ángel Emilio Hidalgo | Carlos Tutivén Román | María Pía Vera
Fotografía: Álvaro Ávila Simpson | François Laso | Florencia Luna | Jorge Vinueza G.

Contenido ■

Primera parte

Repensar el orden del mundo. Estudio introductorio María Pía Vera	7
Años viejos. Origen, transición y permanencia de una fiesta popular ecuatoriana Ángel Emilio Hidalgo	31
La fiesta de Inocentes y Año Viejo. Una síntesis de costumbres desvanecidas Martha Flores	51
Inocentadas, diablos, monigotes... Momentos de una transición María Belén Calvache	77
Política y vandalismo institucionalizado en la práctica de los años viejos X. Andrade	97
Fin de Año: noche de viudas alegres Liset Coba	117
Visualidad, estética y poder en los años viejos contemporáneos de Quito y Guayaquil Carlos Tutivén Román	143

Segunda Parte

El fuego de antes y el de hoy: Teniente Telmo Méndez – Guápulo Florencia Luna	178
Quemando el tiempo – Sur Álvaro Ávila Simpson	216
La Junín, calle de pulso lento – Centro Jorge Vinueza G.	256
Creando el último día del año – Norte François Laso	306
Viudas y viejos Jorge Vinueza G.	342

1: Cobertizo iluminado, forrado con ramas de eucalipto y encendido por la música de un D.J.; allí reposan en espera de su inmolación varios años viejos. Quito, 2006. Foto: Florencia Luna.

La fiesta de inocentes y año viejo. Una síntesis de costumbres desvanecidas

Martha Flores*

Actualmente la celebración del Fin de Año es una de las más esperadas en nuestro país, de ella participan personas de todas las edades. En el transcurso del día 31 de diciembre, en los barrios de Quito, se puede apreciar en cualquier punto de la ciudad, grupos de amigos o parientes trabajando en la elaboración del “viejo”. Este personaje requiere toda una preparación que no incluye solamente la elaboración del monigote y su escenografía, sino la puesta en escena de un séquito compuesto de viudas y disfrazados, que lo acompañarán durante la tarde y noche poniendo la nota de humor alrededor del muñeco.

La tradición del Año Viejo se celebra intensamente en ciertos barrios, tanto del norte como en el sur de Quito, aunque fue en el centro de nuestra ciudad donde hasta mediados del siglo XX se concentraba la mayor parte de monigotes realizados para esa noche. De acuerdo a la información hasta ahora recopilada, la celebración de Fin de Año y la quema del monigote fue, entre finales del siglo XIX y principios del XX, tan solo una parte de la conocida fiesta de Inocentes. Esta fiesta iniciaba cada 28 de diciembre y culminaba, asimismo, cada 6 de enero. En gran número, los quiteños expresaban su regocijo saliendo disfrazados a las calles para divertirse, ya sea en grupos de parientes o amigos. Durante este período de fiestas, habían días más concurridos que otros. Fue este uno de los momentos festivos más esperadas en el año.

* Historiadora, investigadora para el Museo de la Ciudad y el Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito, FONSAL.

1: Portada revista *Caricatura* N° 4, Quito, 1 de enero 1919. Ilustración de Terán. Fondo de Ciencia Humanas del Banco Central. *Caricatura* Tomo I, N° 1-33.

Tomando en consideración estos breves antecedentes de la celebración del Año Viejo, saltan a la vista algunos cuestionamientos que rodean esta tradición: ¿Por qué una fiesta tan querida por los quiteños de antaño, como era la de los Inocentes, no sobrevivió como parte de nuestras tradiciones de fin año? ¿Se transformó la fiesta del Año Viejo en una corta síntesis de los diez días dedicados, en otros tiempos, a la celebración de Inocentes? ¿Qué circunstancias motivaron la desaparición de una fiesta vivida con tanta alegría en Quito, de la que podríamos aventurarnos a decir, duró aproximadamente hasta la década de los años sesenta?

Estas son las preguntas que guían el breve estudio** que desarrollamos a continuación y en el que intentamos conocer la tradición del Año Viejo, dentro de un marco histórico-social, como parte de una celebración mayor: la fiesta de Inocentes. Ambas celebraciones populares podrían ser el resultado de una herencia cultural que se forjó a través de siglos de historia, en la que Quito fue una ventana abierta a otras culturas. Con este propósito se han rastreado varios tipos de fuentes: prensa escrita, fotografía, tradición oral, documentación de archivo, pretendiendo en la medida de lo posible, aprehender en retrospectiva las tradiciones de Fin de Año.

Memoria de las tradiciones perdidas

Fue la fiesta de los Santos Inocentes, en Quito, una de las celebraciones más queridas y añoradas, pero lamentablemente en la actualidad pervive solamente en el recuerdo de los quiteños de antaño. Era una época del año esperada con júbilo en la que se desataba una febril sintonía entre todos los habitantes de la ciudad.

El disfraz, como un recurso importante de la fiesta, fue susceptible a variaciones e influencias externas, es decir, ciertos personajes que en algunas épocas causaron furor, en otras fueron perdiendo acogida: “Tienden a desaparecer los monos de rabo de raso tan en boga antes. Ahora son empalagosos payasos y dominós encapuchados los disfraces más frecuentes, sin contar con los *padres belemos* de jeringa antigua” (Andrade Coello 1934:28). Los belemos parecen haber sido personas disfrazadas de sacerdote betlehemita; ateniendo que aparentemente fue común incluso desde el siglo XIX como describe Pedro Fermín Cevallos (1889, en Carvalho Neto 1994:51). Mientras que el traje de dominó encapuchado parece haberse basado en una mezcla de colores blanco y negro.

Otro ingrediente infaltable fue el ingenio y la imaginación que se desbordaban para tal ocasión. La “sal quiteña” era un factor importantísimo desde el principio hasta el fin de la fiesta, como se recuerda en la memoria de los quiteños de los años treinta: “salían todos [...] a festejar, a sentarse en la Plaza Grande, ahí era los cachos de los viejitos, de los más ya viejitos, era un goce oírles esa de cachos y les premiaban. Ahí en la grada de la Catedral y en las banquitas todo el mundo. Era un goce porque era esa la plaza Grande y era llenecesita”¹.

** Deseo expresar mi agradecimiento a las personas e instituciones que me brindaron generosamente su ayuda en la búsqueda de fuentes e hicieron posible el estudio del presente tema: Biblioteca Aurelio Espinoza Pólit, representada por el Padre José Ayerve; Biblioteca y Fondo de Ciencias Humanas del Banco Central del Ecuador, al grupo de tradición oral del Centro de Experiencia del Adulto Mayor (CEAM), dirigido por el doctor Paz; y a todas las personas que compartieron conmigo sus memorias de infancia y juventud. Deseo agradecer también a Sofía Luzuriaga, María Pía Vera y María Antonieta Vásquez por su apoyo.

En base a memorias orales conocemos que para mediados del siglo XX, década del cuarenta a cincuenta aproximadamente, la fiesta de Inocentes iniciaba, desde los primeros días del mes de diciembre con la aparición individual y esporádica de ciertos personajes disfrazados que en los diferentes barrios quiteños, realizaban así como una actuación teatral; apariciones que servían de preámbulo a la gran fiesta:

Lo que siempre primero aparecía es un hombre disfrazado de domador y venía trayendo en una cadena un oso, entonces se paraban en una esquina, en cualquier esquina del barrio y los chicos enseguida pues, hacíamos un círculo alrededor de él. El domador hacía bailar al oso o diferentes animales, pero principalmente era el oso; otras veces cogía a un lobo o lo que tenían de disfraz, tocaban una pandereta y se hacían acompañar de una tercera persona, usualmente un niño que era el que recogía las contribuciones. Entonces le hacían bailar al oso, supuestamente y decían todas las malas palabras y todas las cosas que se les ocurría. Como era una ciudad pequeña, pues entonces el disfrazado obviamente conocía las costumbres y los pecados de las gentes del barrio y ahí aprovechaba para decirlas, usualmente de las mujeres, entonces salía corriendo el oso pues, y a la otra esquina [...] Era muy parecido en todos los barrios. Entonces había una especie de bestiario, no. Luego venían los payasos [...] y bajaba corriendo con un chorizo que lo hacían con una media de mujer, con una media de nylon, la rellenaban con algo e inmediatamente los muchachos se ponían atrás de él a gritarle: “payasito la lección”, y entonces el payasito corría, se paraba debajo del balcón de alguna chica y daba la lección, siempre alguna cosa cómica pero grosera también, entonces los chicos le perseguían y él hacía pues como que les perseguía a golpearles. Entonces era la gran fiesta del barrio, porque no había un horario de la hora en que aparecía el payaso. Van apareciendo durante todos los días del mes, en el mes de diciembre, entonces iban apareciendo, entonces uno estaba siempre a la expectativa de que aparezca el payaso. Entonces en cada barrio pues había cuatro, cinco, seis, ocho disfrazados, pero eran cada cual individualmente, no es que salían en conjunto los payasos, eso era durante unos quince días aproximadamente, hasta el día veintiséis, veintisiete, veintiocho que ya comenzaban a organizarse las familias, entonces las familias organizaban comparsas, entonces grandes grupos familiares, entonces se cogía temas².

Cuando ya comenzaba propiamente la fiesta de Inocentes, es decir alrededor del día veintiocho de diciembre se veían ya los grupos de disfrazados. Muchachos que éramos, participábamos haciendo chiste de todo, sí, salíamos a las calles, cantábamos, obrábamos, disipábamos así el tiempo. Íbamos, en algunos barrios como el de Santa Bárbara, de puerta en puerta de calle, y nos recibían, nos brindaban diferentes bebidas [...] No, no nos metíamos, en el zaguán no más era, salía la familia de la dueña de casa, todos ellos nos atendían, nos atendían con fervor y hasta con amor, muy bien nos atendían y ahí nos brindaban pues, colitas, chichas que sabían preparar, en fin³.

Calificado como empalagoso, el payaso fue entonces otra figura muy popular, tenía careta o la cara pintada, vestía un traje colorido y grandes zapatos, un sombrero cónico y un chorizo, igualmente era un personaje que en medio de rechiflas y bulla era atacado por los pequeños con conocidas coplas:

“Payaso que no valís, a tu mama te parecís” [...] ese era un disfraz muy corriente, con una cosa como un chorizo, no. “Tu chorizo no me asusta porque es hecho de algodón” [...] entonces asomaba el payaso y los chicos se alborotaban alrededor: “payasito la lección tu mamita sin calzón” [...] les daba duro a los chicos y volaban los chicos, entonces volían y volaban a gritarle: “tu chorizo no me asusta porque es hecho de algodón”⁴.

Durante las primeras décadas del siglo XX, años veinte, *“las peluquerías de los barrios eran los sitios donde se alquilaban disfraces y se vendían caretas”*⁵. Conforme avanzaba el siglo los comerciantes fueron estableciendo negocios de disfraces y otros accesorios como caretas, sombreros, zapatos, etc. para estas fiestas. El surgimiento de este tipo de comercio denota la gran participación ciudadana en la fiesta de Inocentes. *“Todos esos vestidos alquilaban [...] Mi mamita alquilaba para toda la noche por [al]macenes especializados en disfraces [que] fueron precedidos por las barberías, ejemplo: [disfraz] de chola, alquilaba en, creo que en unos 5 sucres, 4 sucres, era bien barato el alquiler de los vestidos”*⁶.

Esta era una celebración que desbordaba no sólo colorido por la variedad de disfraces, música y baile, sino emotivos sentimientos de alegría y reconciliación entre los quiteños. Los medios de prensa escritos de la época, ponen de manifiesto el ambiente en las calles y plazas de la ciudad, la alegría y participación de los ciudadanos de la capital y los puntos de encuentro donde se finalizaba con un baile general de todos los disfrazados en la plaza y en sitios de diversión conocidos⁷.

Los Inocentes: del carácter popular y religioso de la fiesta

Las celebraciones populares no eran únicamente actos colectivos organizados, sino que nos demuestran los diversos aspectos de los elementos simbólicos paganos y cristianos. Su trasfondo nos habla también de una riqueza cultural que crea y recrea estas tradiciones a través de los siglos. De ahí que podríamos clasificar las festividades en dos categorías claramente notorias: las de carácter civil, popular y las de tipo religioso. Sin embargo vale recalcar que el elemento religioso coexiste con lo popular, como efectivamente ocurre con la fiesta de Inocentes. El episodio bíblico de la muerte de los Santos Inocentes, deja de ser el recuerdo de un hecho histórico dramático y reviste un carácter pagano.

Si leemos entre líneas, lo que los medios escritos o fuentes primarias dicen de estos acontecimientos, veremos que estos ritos populares constituyen: “una fuente histórica de suma importancia para analizar algunos aspectos y problemas de gran interés de la sociedad española y por ende, de la indiana. Todas ellas reúnen abundantes notas comunes, sobresaliendo las de tipo político social” (López 1992:19).

De esta rica fuente de información podemos diferenciar en primer lugar el carácter que se le imprimía a la fiesta: “Toda jornada festiva en el Nuevo Mundo estuvo conformada por dos elementos básicos: uno, religioso y otro civil” (Ibídem: 47). Tanto el elemento religioso como el secular, se hallan cercanamente relacionados en los festejos populares, remarcando la importancia de lo religioso en la vida cotidiana.

De ahí que la fiesta de Inocentes, que si bien se deriva de un relato bíblico, ya para el siglo XIX y principios del XX fuera una celebración de carácter secular, fiestas populares, es decir que quienes participaban y orga-

nizaban esta fiesta era el mismo pueblo, la iglesia no intervenía. Los Inocentes traían consigo la mezcla de un simbolismo católico y otro indígena, resultado de la influencia de lo europeo en las culturas americanas; influencia que se dio a través de un largo proceso que continuamente ha ido creando y transformando sus formas culturales. Producto de este proceso, las celebraciones como el caso de Inocentes fueron adquiriendo adicionalmente características propias de los espacios sociales en las que tomaban lugar: Quito por ejemplo, plasmadas tanto en los trajes, danza, música y expresiones artísticas, conjugándose todo en una sola mezcla cultural:

Es la eterna bacanal, el aturdimiento colectivo, el sano retozar de un pueblo, bueno y cuerdo hasta en sus locuras chanzas, de un simpático pueblo que hasta en sus diversiones no se olvida de la sentimentalidad y del romanticismo, y reclama las armonías melancólicas, los hondos y desgarradores yaravíes, junto a las tentadoras jotas, a las risueñas y geniales “alza que te han visto”; los tristes aires incásicos y sanjuanitos mareadores, mezclados con los juguetones y veloces pasillos que, a veces, se quejan como una íntima elegía amorosa y otras, ríen al compás de sus acordes sensuales. (Andrade Coello 1934:29).

Aunque no la Iglesia, sus miembros, curas de sotana, también participaron de la fiesta de Inocentes, las bromas también traspasaron al ámbito conventual, poniendo un poco de humor a la vida mística de los clérigos: *“las inocentadas que se hacían entonces, las hacíamos aún ya cuando en mi vida eclesiástica religiosa, hacían también inocentadas fabulosas a algunos padres”*⁸. Sin embargo, tratando de recordar el sentido propiamente religioso de la fiesta de Inocentes, podemos decir que la Iglesia la concibió como una fiesta de niños. Así los sacerdotes católicos tomaron a esta conmemoración histórica en un sentido diferente:

De la época de práctica litúrgica, donde era una fiesta en que se hacía participar intensamente a los niños, por ejemplo, recordando a los niños de Belén que fueron sacrificados por Herodes al tratar de liberarse de Jesús. Entonces esa, la fiesta de Inocentes, siempre fue una fiesta dentro de la Iglesia como fiesta dedicada a los niños. Era indispensable, era hacer una fiesta de niños con muchos dulces [...] aún en las parroquias, en los conventos se hacía las fiestas para los niños [...] y después el grupo, que venía con las mamás generalmente trayendo a los niños, pero era una multitud de niños, [...] nos ponían de angelitos a veces, cuando éramos muy chicos, o sino simplemente como si fuéramos casi monaguillos con una tuniquilla [...] y se nos contaba eso sí, siempre se nos contaba lo histórico de la fiesta de los Inocentes, en donde se dio muerte a los niños de Belén, menores de dos años. Eso se nos narraba siempre y teníamos mucha ternura y se incrementaba desde luego la devoción y el amor a la Iglesia⁹.

Son los aspectos de carácter secular de esta fiesta los que nos llaman en particular la atención respecto de otras celebraciones de signo eminentemente religioso. En estas últimas, los patrones sociales preestablecidos de la época se mostraban con claridad, siendo muy marcados incluso hasta las primeras décadas del siglo XX. En ellas los grupos continuaban ocupando el lugar asignado por una sociedad estamentaria, lo cual era evidente incluso en el orden en que se presentaban los personajes y marchantes en las procesiones, por ejemplo, la de Semana Santa.

Solamente las fiestas, las procesiones o los entierros de personajes importantes irrumpían el ambiente de calma continua en el que vivía la ciudad hasta principios del siglo pasado. Pero era de época de Inocentes en particular un ambiente que propiciaba el invertir ese orden social establecido: *“todos festejábamos, todos hasta los del mismo gobierno”*¹⁰.

La fiesta de Inocentes: del juego de las relaciones sociales y de otras costumbres presentes en la celebración

En el transcurso del siglo XIX vinieron a Quito algunos viajeros europeos que nos dejaron sus impresiones, como un rico legado que nos permite apreciar, entre otros aspectos, las costumbres y tradiciones de la época. James Orton, en 1876, nos describe brevemente el ambiente cotidiano de la ciudad:

Los entretenimientos de Quito son pocos, y no muy entretenidos. La sangre Indo-Castellana corre con demasiada lentitud para divertirse. No hay óperas ni conciertos, no hay teatros ni conferencias, no hay museos ni menageries. Por dramas tienen revoluciones; por menageries, palizas de toros (Orton 1867, en Enríquez 1941:183).

De esta manera, la ciudad desarrollaba sus actividades cotidianas sin mayor novedad. Un mundo de calma poco alterado por las celebraciones, ya sean de tipo religioso o civil y establecidas de antemano en el calendario anual, era una realidad que los quiteños de principios del siglo XX, década de los años treinta, pudieron experimentar: “El pueblo se divierte sana y bondadosamente, como un santo que alguna ocasión excepcional se entregase a infantiles holguras y ruidosos pasatiempos, que a nadie perjudican. Esto es recomendable, ejemplar y bello” (Andrade Coello 1934:27).

De acuerdo a viajeros del siglo XIX, como Orton (1867), la celebración de Inocentes era ocasión para una simbólica camaradería entre gentes, generalmente de estratos sociales medios y bajos. Todos los participantes estaban conscientes de que esta era una amistad de fiestas, una complicidad en la que se dejaban de lado las diferencias de cualquier índole y se compartía por igual el disfrute de una broma inocente o pícara entre cantos, risas, bailes y tragos; codeándose ricos y pobres, cultos e ignorantes (Enríquez 1941:184).

Los relatos del siglo XIX nos describen como en las calles se veían caminatas de grupos disfrazados que reían, tomaban y bromeaban con propios y extraños. La participación de los vecinos en los preparativos de la fiesta fortalecía un sentido de pertenencia en los barrios.

Al entrar la noche aumenta el número de enmascarados y se presentan nuevas partidas, con música o sin ella, y se detienen a bailar dentro de los portales o en la plaza, o no hacen sino atravesar la compacta muchedumbre de gente para meterse en tales y cuales casas de habitación, donde se chancean, bailan, beben y se divierten hasta la hora que más les acomoda (Fermín Cevallos 1889, en Carvalho Neto 1994:51).

La fiesta se disfrutaba con seguridad y respeto, de acuerdo a crónicas del siglo XIX como la de Stevenson (1808, en Toscano 1959:232), o a testimonios orales, que nos hablan de esta misma actitud hasta la década del cuarenta. La ciudad se caracterizaba por su “paz franciscana”, se recuerda a Quito como una ciudad en la que se podía salir: *“no había nadie quien moleste ni quien robe. [...] Usted andaba a las doce de la noche en la Plaza Grande, por ejemplo por el Hospital San Juan de Dios, que era antes, era funesto eso, el Arco de la Reina, nunca nadie ni se atrevía ni a tocarle, nadie, nadie, todo el mundo se respetaba”*¹¹.

Para celebrar Inocentes, se recurría a diversos elementos y actividades como: polvorines, fiestas públicas o privadas, cenas, luces, dulces, bebidas, música, composiciones literarias, Corso de flores¹², para acentuar aún más la emoción de ese entorno festivo. Estos eventos se sucedían en momentos precisos del día, para que todos pudieran asistir, admirarlos o participar de ellos; pero era un hecho conocido entre la gente que:

Las festividades comienzan por lo general a las tres de la tarde, duran hasta que ha oscurecido. Dichas actividades no se limitan a un determinado grupo sino que todo el mundo tiene el permiso, e incluso el deseo de tomar parte activamente en el programa. Una de las plazas es el lugar de la acción. La Plaza Mayor es sin duda la más bella parte de toda la ciudad (Hassaurek (1860) 1994:202).

Inocentes era una celebración continua durante días, claro está con momentos álgidos y de mayor concurrencia: “Tradicionales fiestas, llamadas ‘de inocentes’, agitan la popular alegría, estimulan la inagotable sal quiteña y enloquecen a la ciudad por varias horas nocturnas que se prolongan hasta llenar los días y rebasar la semana; pero que a la muchedumbre les parece minutos” (Andrade Coello 1934:27).

Ya en el siglo XIX, James Orton (1867) menciona, entre otras festividades, la celebración del Año Nuevo, como una de las ocasiones especiales para las que se reservaban las corridas de toros, espectáculo del que gustaban gentes de todas las edades y condiciones. El toreo constituyó un evento central de toda celebración importante y se llevaba a cabo en plazas públicas, que se escogían, antes de que fuese construida la primera plaza de toros de la ciudad. A mediados del siglo XX, esta atracción pasa más bien, a estar reservada para las fiestas de fundación de la capital. “La primera y más popular de todas la diversiones son los toros. Toda la población disfruta de esta diversión” (Hassaurek (1860) 1994:201).

En cuanto a los fuegos artificiales y de artillería, aparentemente se establecía una diferencia particular en cuanto a su utilización. Los primeros se lanzaban por lo general, en los días más álgidos del festejo, ubicándose de común en las plazas, lo que consecuentemente realizaba el ambiente de fiesta. Pero los de artillería se disparaban para anunciar un evento en particular, por ejemplo el cambio de año, el 31 de diciembre a media noche, momento especial en el que todos los quiteños se daban el abrazo de Fin de Año y Año Nuevo: “A las doce de la noche, cuando el cañón del fortín del Panecillo anunció que entrábamos al 1913, en todas las calles se reventaban cohetes y se prorrumpía en gritos de viva el Año Nuevo”¹³. Tras el cañonazo, el ambiente festivo del Fin de Año se volcaba hacia las calles:

Todas las calles de la ciudad, en especial las de la Carrera Guayaquil eran recorridas por un sinnúmero de automóviles y coches ocupados por jóvenes y algunas señoritas que arrojaban a los

balcones millares de serpentinas, ramos de flores, confites y colaciones. El aspecto de dichas calles fue de lo más vistoso con el enredo de las serpentinas en los balcones y en los alambres telegráficos y telefónicos.

Por la noche, desde los automóviles se quemaban cohetes y se encendían fuegos de bengala presentando un movimiento encantador de luces y fuegos artificiales¹⁴.

Desde la década de los veinte ya se tienen noticias de prensa¹⁵ sobre elegantes fiestas, ya sean mascaradas de Inocentes como de Fin de Año, que se llevaban a cabo en casas particulares, clubes o salones. Estas reuniones convocaban un círculo social exclusivo, restringiendo su acceso a gente del pueblo. Se convirtieron en eventos de tipo social, dignos de ser publicados en las páginas de los diarios. Mientras que los quiteños de estratos medios y bajos se divertían en lugares públicos:

Nosotros mientras bailábamos en las calles o en la Plaza Arenas, en la Plaza Belmonte, en el Barrilito en los Santos Inocentes de la Magdalena, de Chillogallo, en cambio las grandes damas iban al Bondibar que quedaba en el Pasaje Amador, al Hotel Majéstic [...] y también entraban al Teatro Bolívar donde había un segundo piso donde se reunían las grandes damas perfumadas, yo cuento eso porque a mi me encantaba ir a verles¹⁶.

Sin embargo y a pesar de estas exclusividades, no siempre la alta sociedad se encerró en el ambiente de salones exclusivos, también participó contagiándose, ya sea por momentos, de esa alegría callejera en las plazas públicas: “[...] pero en la calle igual, en nuestra época también íbamos disfrazados por las calles, a la Plaza de San Francisco se iba tranquilamente y a la Plaza Belmonte, disfrazadas y todo era con mucho respeto con mucha alegría”¹⁷.

Entre otros sitios, en las plazas de toros como la Belmonte o la Arenas, se desarrollaban bailes públicos. Allí mientras unos, disfrazados o no, bailaban en la arena de la plaza, en los graderíos, otros, entre los cuales estaban amigos y parientes de los participantes en calidad de espectadores, disfrutaban de las conocidas chinganas: “[...] los llamados palcos de la plaza de toros se montaban unas cantinas con el nombre de chinganas donde se vendían potajes nacionales como tortillas, hornado, caucara y licor pues el puro, puro”¹⁸.

Otra tradición propia de los días de Inocentes era un juego conocido como los aguinaldos: “[...] en los cuales pues dos, tres, cuatro familias de gente acomodada hacían grandes competencias, se disfrazaban exóticamente para irse por las calles descubriéndose los unos a los otros y mientras más descubrían quienes eran los disfrazados, más puntos hacían para ganar la apuesta que se había conchabado”¹⁹.

Los personajes de las mascaradas y la ruta de la parranda

En cuanto al traje, de acuerdo a testimonios orales, este podía ser confeccionado o inventado con elementos encontrados en casa. Las casas de alquiler de disfraces son posteriores, entrado ya el siglo XX. Cuando se elaboraba un disfraz se requería de un tiempo prudente. Ya en las primeras décadas del XX, como ya lo

2: "Costumbres de inocentes", Album de la Biblioteca de Madrid, acuarela 143, en *Imágenes de identidad. Acuarelas quiteñas del siglo XIX*, FONSA, Quito, 2005.

3: "Máscara de guagracote", Album de la Biblioteca de Madrid, acuarela 151, en *Imágenes de identidad. Acuarelas quiteñas del siglo XIX*, FONSA, Quito, 2005. Las acuarelas tituladas "Máscara de guagracote" son la serie que sigue a "Costumbre de inocentes" por lo que parece tratarse de personajes vinculados a esta fiesta.

4: "La mima gigante (inocentes)", Album de la Biblioteca de Madrid, acuarela 111, en *Imágenes de identidad. Acuarelas quiteñas del siglo XIX*, FONSA, Quito, 2005.



2



3



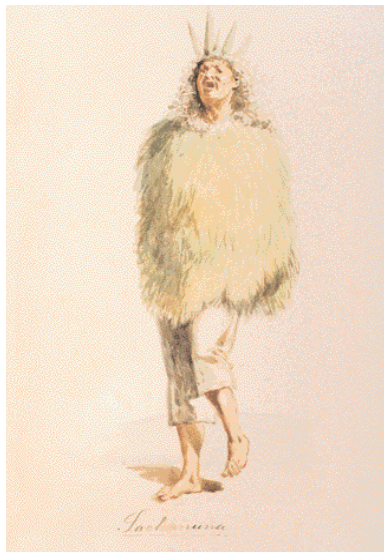
4



5



6



7

hemos mencionado, la comercialización de disfraces fue un negocio en aumento, pero en tiempos anteriores –específicamente para el siglo XIX–, sabemos por crónicas del viajero Stevenson (1808), que en el caso de “[m]uchos nobles y gentes de pro disponen de vestidos antiguos, y que datan de doscientos o trescientos años; los usan con tal oportunidad; además cuentan con suficiente surtido para uso de sus amigos” (en Toscano 1959:232). De otra parte, el autor consideró relevante en sus comentarios los originales disfraces creados y realizados por los indígenas para las mascaradas: “*Unos están completamente cubiertos de tallos de plantas reunidos y recortados a modo de piel;*” (Stevenson 1808, en Toscano 1959:333). Andrade Marín denomina a estos personajes *sacha-runas*.

El tomar como disfraz la vestimenta propia de ciertos pueblos indígenas como los yumbos fue una práctica conocida en el siglo XIX e incluso para las primeras décadas del siglo XX, es decir, alrededor de los años veinte, como lo sostiene el testimonio del Dr. Miguel Ángel Cevallos:

Yumbos llamábamos a los indios orientales. De tarde en tarde se veía a un hombre desnudo, semi desnudo, con el tórax al descubierto, con un tapa rabos y con pedazos de plumas y todo, con unas angarillas²⁰ que colgaban y traían cosas del oriente. Eran los yumbos que venían a Quito pues a padecer el frío de la ciudad, pero había en Inocentes quienes se disfrazaban de yumbos. [...] También se disfrazaban de indios colorados. Es decir trataban de imitar aquello que les parecía apropiado²¹.

Incluso aquellos quiteños de bajos recursos económicos que deseaban participar, lo hacían a la medida de sus posibilidades, como lo narra Pedro Fermín Cevallos (1889):

[...] remataba la diversión en el Día de Reyes, en que los indios y cholos de la ciudad se disfrazaban de mindalas (indias placeras) o de negros con camisas que dejan sueltas para afuera de los pantalones, y atadas a las criaturas con ceñidores.

De diez y seis o veinte años para acá cambiaron de forma y trajes, y se presentaban a caballo, ¡quién había de pensarlo! Vestidos de ángeles, de reyes, de coroneles, de señoritas, etc., etc., y recorrían la ciudad a escape por distintas direcciones, y se paraban al frente de tal taberna, y se desmontaban y bailaban, y volvían a montar y correr, y ya embriagados, empezaban a caer hasta concluir la diversión en sus casuchas o en las tiendas (en Carvalho Neto 1994:51).

Entre los disfraces más apetecidos, de acuerdo a la información de prensa escrita, crónicas de viajeros del siglo XIX, así como de tradición oral, tenemos: payasos, *pierrots*²², osos, perros, mamás chuchumecas²³, gitanas, indígenas, capariches, mexicanos, españolas, entre otros. Vale puntualizar que algunos de estos disfraces eran personajes escogidos y recreados de nuestra propia cultura popular, como: la chuchumeca, el capariche, la camisona o la bolsicona. En el caso de la chuchumeca se trataba de un personaje representado generalmente por hombres, que se disfrazaban con un colorido traje:

La mamá chuchumeca, que con una muchedumbre de guambras de la ciudad recorrían nuestras calles, látigo en mano y de trecho en trecho lanzando puñado de colaciones mezcladas con

5, 6 y 7: “Belermo”, “Mono” y “Sacharuna”, Joaquín Pinto, álbum de acuarelas. Cortesía de Jannine Cousin.

granos de morocho, cebo para los pequeños que por lo grato de la golosina al recogerlas se exponían a los latigazos del disfrazado que hacía su agosto con tal motivo y divirtiéndolo a los presentes. Comitiva esta, que marchaba al trote acompañados por la frase “mama chuchumeca cara de muñeca” (Mosquera 2003:192).

El personaje de la mama chuchumeca desempeñaba una especie de papel teatral que consistía en atraer la atención de niños y grandes regalando dulces y colaciones para luego usar el látigo en mano y perseguir a aquellos a quienes había llamado la atención con su “generosidad”, castigando, con este gesto la copla que los niños le cantaban sin cesar: “Mama chuchumeca, cara de muñeca” (Andrade Coello 1934:28).

El capariche en cambio era un personaje tomado de la vida cotidiana del Quito de antaño. Se trataba de un trabajador indígena, cuyo papel en la ciudad era importante ya que se relacionaba con la higiene de la ciudad. Los capariches eran grupos de trabajadores que se ocupaban del aseo de la ciudad desde muy temprano en la mañana y su obligación era mantener limpias las calles. Doña Rosario Chiriboga recuerda desde niña al capariche como “[...] *el cargador, madrugaba a las dos de la mañana se reunían justo en esta calle, aquí era el sonido de las carretillas [...] y se reunían todos, y sonaba porque la escoba era de bejuco, [...] y se retiraban*”²⁴. La camisona es otro de los personajes que aparecen en Inocentes:

Era otro disfrazado que salía con una bata de mujer, pues siempre exagerando las formas femeninas, no. Entonces salía lo mismo que los payasos a caminar por las calles con un látigo. [...] entonces salía con una bata de dormir, pues bien impúdica a provocar a los muchachos para que le levanten la bata, entonces el juego era levantarle la bata y ella tenía un látigo, entonces perseguía a los muchachos a jugar²⁵.

La bolsicona era otro personaje de las calles quiteñas, mujeres de pueblo: “era una señora de centro, una especie de transición entre el vestido de anaco de la India propiamente y un vestido de chola [...] una gran falda de paño de bayeta muy grande que por eso llamaban la bolsicona porque aparecía como unos grandes bolsillos, bolsiconas eran casi todas las vendedoras de los mercados”²⁶.

Generalmente las fiestas se desarrollaban sin novedad, “[...] personas de edad me han asegurado que jamás se ha producido un solo robo o cualquier pillaje durante las fiestas, pues todos están absorbidos por la distracción” (Stevenson 1808, en Toscano 1959:232). Los quiteños salían en gran número a las calles ya sea a participar con los grupos de disfrazados y algunos para disfrutar del ambiente festivo o en el Fin de Año, para admirar los monigotes que se exhibían en las casas.

Desde tempranas horas, en temporada de Inocentes, las calles comenzaban a llenarse de personajes:

En la temporada de Inocentes aparecían las comparsas, los payasos y más disfrazados: pierrots, colombinas, chuchumecas, gauchos, vampiros, capariches, chapitas, chagras, ministros, curas, sacristanes, beatas, vírgenes, viudas, solteronas, indios, osos, monos, perros, burros, políticos y tantos más animales que conforman nuestra fauna (Vega Salas 1996:41).

Las largas jornadas festivas comenzaban apenas caía la tarde, generalmente los niños salían más temprano disfrazados y a medida que avanzaba las horas, iban apareciendo jóvenes y adultos, la parranda era general, no hubo quien se pierda, aunque fuera como espectador tal forma de divertirse. Habitualmente se apreciaba escenas como la siguiente:

En los tres primeros días sólo se divierten los de la gente común vestidos de monos y belemos (betlemitas), y los niños a quienes las madres los visten de gala, bien significando alguna cosa o sin significar ninguna. Desde la noche del último día o desde el cuarto siguiente a los tres anteriores, comienzan a asomar por las calles y plazas, de ordinario de tres a cuatro de la tarde, partidas de enmascarados, a pie o a caballo, jugueteándose y chanceándose con cuantos encuentran. Hay quienes se presentan vestidos con suma compostura, quienes intencionalmente haraposos o ridículos, con caretas de todos los tipos físicos y aun imaginarios" (Fermín Cevallos 1889, en Carvalho 1994:51).

La fiesta se prolongaba hasta altas horas de la noche y muchas familias estaban prestas a recibir a los disfrazados en sus casas para darles una atención:

Hay veces que la temporada de Inocentes pasa de diez días, y hasta hace poco se sacaban todos los introducidos para el consumo, y los jugaban embetados por las tardes (Fermín Cevallos 1889, en De Carvalho Neto: 1994:53).

Entre trago y trago el baile era general, en casas particulares y sitios públicos adecuados para recibir a los danzantes, en los que las bandas militares o de pueblo que venían a animar las fiestas tocaban hasta altas horas de la noche:

En muchas residencias particulares se dieron sendas y suntuosas recepciones, observándose en todas ellas, la más franca alegría, extendiéndose hasta bien entrada la hora de la mañana de hoy. Así mismo, se prolongaron, sin mayores contratiempos, los bailes públicos con disfraces, que se efectuaron en los salones y cinemas, con motivo de las fiestas de Inocentes²⁷.

Los temas presentes en la elaboración de los monigotes y sus testamentos

Hemos visto hasta aquí algunas facetas de los Inocentes relatadas tanto por información de prensa como por testimonios personales e incluso por crónicas de viajeros que nos han llevado a un contexto temporal más lejano. Pero remitiéndonos precisamente a la celebración del Año Viejo, como otro componente de la fiesta de Inocentes, las únicas noticias de ritos semejantes son las descritas por Alejandro Holinski, cuando hace referencia a las mascaradas de indios:

En ciertas ocasiones, que llegan de las aldeas vecinas hasta el centro de la ciudad bandas de semisalvajes que conducen llamas adornadas de banderolas chillonas y vestidos ellos mismos de

manera singular [...] otros representan lo que llaman gigantes y gigantas. Para ello se revisten de un maniquí del doble del tamaño natural y cubierto de un largo traje; cuando ese maniquí simula una negra, hay dos cabezas, una sobre los hombros, y otra, la única viva, asoma, con pícaro bufonería, por donde se supone que termina el tronco y comienzan las piernas. Una música primitiva y nada melodiosa, de tambores y pífanos, acompaña estas farsas burlescas. Hombres mujeres, niños y llamas desfilan durante algún tiempo por la plaza mayor. La ceremonia termina por un inmenso fuego de pajas y hierbas secas. Este ramillete final es una reminiscencia del culto del sol; los grupos se dispersan enseguida por las chicherías” (Holinski 1851, en Toscano 1959:333-334).

Esta descripción guarda cierta semejanza con el rito del Año Viejo, sobre todo lo que respecta a la quema. De lo que estamos más seguros es que la mascarada de indios descrita por Holinski y sus “gigantes y gigantas” puede corresponder a Inocentes pues se tiene otra referencia. El *Álbum de Costumbres* de la Biblioteca de Madrid, de autor anónimo, contiene una acuarela bajo el título de “la mima gigante (inocentes)”, lo que ratifica tanto la narración de Holinski como la época en que salía este singular personaje (Ortiz 2005:432).

Posteriormente, una referencia explícita al Año Viejo la hemos podido encontrar en una composición poética denominada *Canción de Año Viejo*, publicada en Quito para el año de 1906. Se evoca allí al parecer la presencia del “viejo”, no solamente en un sentido literario, que expresaría la muerte del tiempo pasado, sino el fenecimiento del monigote:

El viejo ya pasa, llevando en sus hombros
de las ilusiones los viejos escombros;
el viejo ya pasa, se aleja muy triste,
se aleja sombrío
y nada á sus huellas temibles resiste,
se aleja sombrío! (1-6)

De hondas nostalgia todo está lleno;
no hay dulces sonrisas, ni claro sereno:
cual dos pesadumbres el cielo y el alma
se encuentran brumosos,
no hay luz en las cumbres el cielo y el alma
se encuentran brumosos. (7-12)

Los campos reflejan la melancolía,
cual aguas represas la fuga del día;
y han visto con pena cruzarse de prisa
las cuatro estaciones,
cual sueños azules, cual soplos de brisa,
las cuatro estaciones. (13-18)

Las hojas histéricas que caen al suelo,
temblando de frío, llorando su duelo;
con triste quejido
preludian un largo, fatal miserere;
y a todo lo ido
preludian un largo, fatal miserere. (19-24)

Crepúsculos cortos de vagos colores,
cual son los recuerdos de viejos amores,
evocan lo muerto
las últimas tarde del mes de Diciembre,
y todo es incierto
las últimas tardes del mes de Diciembre.
(37-42)²⁸

En el Quito del XX, fue el devenir político y sus personajes más representativos los que despertaron un vivo interés en el Año Viejo. Los acontecimientos de la política eran uno de los temas a ser juzgados con relevancia en monigotes y testamentos, en máscaras y disfraces, en representaciones callejeras improvisadas con una gran dosis de comicidad y sarcasmo y a veces, hasta en canciones compuestas para la ocasión.

De manera que tanto en época colonial como republicana, el gobierno de turno no veía con mucha tolerancia estas expresiones del sentir popular, sobre todo si juzgaban a través de la burla sus actuaciones, ya sea porque veían lacerada su dignidad o temían comenzar a perder su autoridad y la desestabilización, de una forma u otra, del orden establecido. Los Inocentes y como parte de esta fiesta, el monigote de Fin de Año, fueron el escenario ideal para plasmar este sentir popular, era la ocasión propicia por excelencia para que los quiteños dejando de lado su monotonía, recurrieran a la broma.

En 1805 el Presidente de la Real Audiencia, Don Luis Francisco Héctor Barón de Carondelet, ordenó un Auto, anticipándose al inicio de la fiesta de Inocentes, en el que expresamente prohíbe la burla de las autoridades del gobierno y de comunidades religiosas:

[...] deseando evitar los desordenes, que en los días de los Santos Inocentes se cometen ofensivos a Dios a la Sociedad, se permite toda especie de disfraz en las ropas, y Trages, á excepción de los de los Eclesiásticos y Religiones; pero desde luego se prohíbe estrechísimamente el del rostro sea con careta, pañuelo, Carbón u otra cosa que no deje la Cara en su conocimiento y estado natural, sea de día, sea de noche, bajo la inteligencia, que el que usare de esta ultima especie de mascara, será multado en 50 p[eso]s y en un mes de prisión los insolventes, sin distinción de clase. [...] Cualquiera que insulte a los mencionados Alcaldes ó Comisarios, será castigado según todo el rigor del artículo 48 del auto publicado del Buen Gobierno, en la inteligencia que las Patrullas usarán libremente de sus armas, en caso de resistencia²⁹.

Para efectivamente ejecutar esta prohibición, el Presidente de la Real Audiencia dio la orden a las patrullas armadas para que velaran su cumplimiento durante el día y la noche vigilando las calles en cada barrio de Quito, evitando además otros desmanes. Otro punto importante dentro de este documento es el hecho de que se permitía a las patrullas recurrir a las armas en caso de resistencia para imponer por la fuerza el respeto a las autoridades si el caso lo ameritaba³⁰. A pesar de prohibiciones como la del Barón de Carondelet, el tema político y religioso ha seguido siendo el blanco al que apuntan las críticas ciudadanas a través de los años viejos, los disfraces y sus testamentos.

La fiesta del Año Viejo desató además una serie de pequeñas obras literarias ya sean estas testamentos, versos o canciones, algunos de ellos publicados en revistas literarias o en la prensa. En todas estas composiciones siempre se plasma un sentimiento de renacer con el tiempo que viene, una oportunidad que la vida nos brinda para un cambio; se expresan sentimientos encontrados como nostalgia de aquello que se va con el pasado, de aquello que se ha vivido y júbilo por el nuevo tiempo, por un futuro sin sino, como se observa en el poema transcrito más arriba. En él se plasma ese vivo sentimiento de melancolía, la trémula descripción de un año que agoniza, el año viejo que se va es representado con tristeza y dolor, tomando recursos litera-

rios como la comparación y la metáfora, refiriéndose a paisajes sobrios y a un personaje anciano que deja una estela de nostalgia a su paso.

Composiciones musicales como la anteriormente expuesta, plasma ese vivo sentimiento de melancolía, la trémula descripción de un año que agoniza, el año viejo que se va es representado con tristeza y dolor, tomando recursos literarios como la comparación y la metáfora, refiriéndose a paisajes sobrios y a un personaje anciano que deja una estela de nostalgia a su paso.

Como contrapunto, la producción literaria que hace alusión al Año Nuevo, pregona buenos augurios, felicidad y la nueva oportunidad que se brinda para reparar errores, perdonar al enemigo y recomenzar hacia la prosperidad:

¡Salud nuevo año !!!

Bien venido seáis, misterioso y mágico amuleto, que sin otro anuncio que flamantes calendarios, se os prepara tan opípara recepción.

Es el momento psicológico en el cual la ingratitud, la venganza, el odio y todas las más violentas pasiones, sueltan de sus garras el corazón y permiten que exhale el delicioso y bienhechor perfume de piedad y enmienda.

La noche de Año Nuevo, sentimos en el espíritu un cosquilleo nervioso, con el que esperamos el consabido cañonazo para correr en busca de quién abrazar, en busca de un regazo maternal que enjague las lágrimas, en busca, en fin, de las bondadosas crisálidas que mitiguen nuestra sed de amor y placer.

Hasta el tañido de las campanas que tanto nos disgustan y tanta melancolía campestre comunican a la ciudad, en la hora de las doce de esta noche, esperamos frenéticos los acompasados golpes bronceos que han de volvernos locos de alegría, [...] ³¹.

Se expresa al Año Nuevo como esperanza del porvenir, con optimismo se espera lo que aún no se conoce. Es una oportunidad para recomenzar la amistad cuando se la ha perdido. Se expresa en el poema la costumbre que desde antaño se practica: el abrazo, no importa a quién pues el decir que se esperaba el cañonazo para buscar a quien abrazar, no dice necesariamente de un acto reservado sólo hacia los parientes, sino también a los amigos y vecinos con quienes se desarrollaban lazos de identidad barrial, se convivía y se compartía el deseo de cambio. El cañonazo y las campanas anunciaban el Año Nuevo, era parte de ese rito. Este texto expresa el momento del Fin de Año como un acto colectivo de barrio, practicado seguramente de la misma manera, en otros sitios de la ciudad, con una actitud a la vez de tristeza por lo que se va y a la vez de alegría por el porvenir.

Los testamentos de tinte político, publicados en periódicos o revistas, señalan con burla los hechos, muchas veces fraudulentos, o citan a personajes de Quito conocidos por sus tendencias partidistas o vinculados directamente con el gobierno de turno. En la siguiente publicación, del año de 1909, tiempos del liberalismo

en el Ecuador, la prensa conservadora combatía al gobierno liberal, aprovechando la ocasión, con un testamento. Con una bien elaborada rima y una buena dosis de ironía, se describían las artimañas y los enredos políticos. Hombres y mujeres son tomados de igual forma para la burla, sacando a relucir sus defectos tanto morales como físicos. Se ponía en tela de juicio las actuaciones de algunas conocidas familias, funcionarios de gobierno e incluso, clérigos fueron nombrados en esta caravana de humor negro del que casi nadie se escapó:

Una máscara

- ¿A Dónde vas mascarita?
 - ¿Y qué papel haces?
 - Yo compro votos para presidentes ...
 - ¿Y los pagos de contado?
 - Al contadillo, señores.
 - ¿Cuánto das por cada voto?
 - Pende de los vendedores.
Rengífero, por ejemplo,
 muy poquito me ha costado:
 sucre en plata y el *bocado*.

A Félix, con es tan... gordo,
 y de husmear tiene manía,
 le he ofrecido ya una plaza
 en la baja policía.

La Duranga y la Calera,
 yeguas mansas, sin rival,
 tirarán desde mañana
 el coche presidencial.

Si se cansan, ahí están
 los Intrigaos, sus parientes;
 viejo el uno, flaco el otro;
 pero ambos... muy resistentes.

Don Federico Guillén
 muchos dolores me cuesta:
 le hice otra vez tesorero,
 para que siga en la fiesta...

El *reverendo* Peralta
 ni un centavo me cobró:
 al contrario, un panegírico
 y una misa me ofreció...

El voto del pobre Flavio
 Importa una friolera:
 dos reales por el blanqueado,
 y un real por cada gotera.

Al fiero Caín no quise
 ponerle el negocito,
 porque él, de Dios y los hombres,
 hace fecha está maldito.

Tampoco al padre Abelardo,
 ni al buen hermano Coral:
 ellos son de la *juamilia*,
 y hacen ascos al metal.

A Viteri y á Pazmiño,
 á los Monjes y Cevallos,
 á Estévez, Bueno, Aguilar
 y al *cusa de los mamallos*;
 á Serrano, Stopper, Álvarez,
 Arauz, y demás mesnada,
 como son tan *obedientes*,
 no les he botado nada.

- Y al benignísimo *león*,
 ¿cuánto le diste, viejito?

- ¡Una puchuela! Señores:
 en un estanco un traguito.

- Y al simpático Pompeyo
 ¿en qué precio le has comprado?

- A mire por los *suyos*,
 oro y guantes le he mandado.

- Y el compadre e Tetuan
¿te cuesta algo, mascarita?
- ¡Vaya que no! Un gallo jiro [sic.]
y una chiva hermafrodita.

Basta, populito, basta;
mi retirada es urgente.
¡Abrirse! ¿No venden más votos para presidente? ³²

Como hemos podido constatar, desde el punto de vista metodológico, los testamentos se constituyen en una rica fuente para el estudio de la historia, en la que se describen personajes y eventos inherentes a sus acciones o tendencias políticas, hechos, aciertos y desaciertos de los gobiernos y sus representantes, entre apodosos y modismos.

Hay otro tipo de testamentos que no siempre se referían a personajes representativos del gobierno o la iglesia, sino más bien a parientes o vecinos del barrio. Describían a través de cortos relatos, de qué manera estos individuos se convirtieron en los blancos idóneos para desatar sobre ellos todo un sinnúmero de bromas.

El testamento se convierte entonces en un rico material para el estudio de una sociedad que transforma en alegres versos detalles de la vida cotidiana, de las costumbres populares o refleja el pensamiento político de sus autores. Además vale mencionar que otros actores sociales que tienen relación con una provincia, una región o todo el país. Estos testamentos más generales se los imprime anticipadamente para ponerlos a la venta pública (Guevara 1966: 171).

Otro recurso empleado en el escenario del monigote eran los pequeños carteles que se colocaban a su alrededor, estos hacían alusión a comentarios de lo que hacía el viejo, o decía de la identidad del personaje que se estaba representando en el monigote.

A modo de cierre

De la información documental como de los testimonios recogidos durante la elaboración de este pequeño estudio, podemos señalar que la fiesta de Inocentes fue la celebración por excelencia, una invitación abierta a los que quieran participar, dentro de la cual se enmarcaba la celebración del Año Viejo.

Tanto la Navidad como los Inocentes son celebraciones que se enmarcan en hechos bíblicos, sin embargo la primera era una conmemoración solemne y de recogimiento, para los fieles católicos. En cambio los Santos Inocentes teniendo un carácter pagano y carnavalesco, lleno de colorido y regocijo, toman del pasaje bíblico únicamente el nombre, con el que es incluido en el calendario festivo católico, mas sin que nunca dejaran de destilar su sentido puro de felices chansas.

La tradición oral recogida apunta coincidencialmente en buena parte al hecho de que esta fiesta siempre estuvo sujeta a diferentes cambios y transformaciones, por ejemplo, todos coinciden en el hecho de que el monigote era una costumbre también practicada por sus padres. Pero de acuerdo, al informante de más

edad, en sus inicios, el monigote era sólo eso, un monigote que no lo identificaban con un personaje determinado, no se solía hacer una representación específicamente de alguien conocido públicamente.

De otra parte los disfraces, también fueron cambiando, comenzando por la influencia de modas extranjeras o del cine y más tarde de la televisión. La misma actitud de los quiteños no fue siempre la misma en todas las épocas. Parece ser que la creciente migración de otras provincias a Quito, sobre todo a partir de las décadas del veinte y treinta, marca también el inicio de una transformación urbana. Podemos decir que esta fue una de las causas que modificaron el carácter de la fiesta, ya que hasta entonces la ciudad era pequeña, la gente de los barrios se conocía y compartía la fiesta en las calles. La migración trajo un aumento de la población y como consecuencia de este hecho, muchos vecinos de Quito fueron saliendo del centro hacia nuevos barrios en el norte: La Mariscal hacia el norte o La Magdalena hacia el sur. Por tanto, se integran nuevos participantes, desconocidos para los habitantes del centro, que traen consigo otras costumbres, influencias foráneas que a la larga fueron modificando el estilo de la fiesta.

Podríamos decir que hasta la década de los cuarenta la fiesta de Inocentes y del Año Viejo mantienen aún rezagos del XIX, pero es a partir del crecimiento urbano de Quito y sobre todo de la influencia de la televisión en la década de los sesenta que los Inocentes inician su desaparición acelerada en los años setenta, en la época petrolera del Ecuador. Este hecho abrió definitivamente las fronteras de la capital y de todo el país hacia un mundo industrializado, lo que acarrió en consecuencia la influencia de otros elementos culturales en diversos ámbitos de nuestra sociedad.

Con respecto a las fuentes escritas vale mencionar que la prensa nacional para inicios del siglo XX, daba amplia importancia a las noticias del devenir político de la época, así como de las actividades relacionadas con personalidades de la alta sociedad. De ahí la poca o casi inexistente información relacionada específicamente con la tradición de la quema del monigote. Sin embargo para la década de los cincuenta ya aparecen elementos de la fiesta considerados, junto con otros aspectos o hechos de lo cotidiano, como noticias. La celebración del Año Viejo se registra en fotografías acompañadas de pequeñas informaciones que hacen alusión a esta costumbre.

Pero lo que ha llamado la atención no es tanto el hecho de que a lo popular se le haya restado importancia en las planas de los periódicos, por la razón misma de que el monigote era algo propio del pueblo. En cambio hay que preguntarse por qué no ha sido registrado por los ojos curiosos y agudos de los viajeros del siglo XIX, cómo pudo pasar inadvertida esta singular tradición o simplemente no llegaron a verla en Quito.

NOTAS

- 1 Señora Ángela de Paredes, quiteña de 79 años, del barrio de San Roque. Entrevista realizada en el mes de abril de 2007.
- 2 Señor Marco Chiriboga, quiteño de 65 años de edad, nacido en el barrio La Tola. Entrevista realizada en el mes de mayo de 2007.
- 3 Señor Francisco Miño, quiteño de 101 años de edad, vivió en el barrio de Santa Bárbara. Entrevista realizada en el mes de abril de 2007.
- 4 Señora Dolores Crespo de Ortiz, cuencana de 90 años de edad, vino a vivir a Quito en el Barrio San Marcos, calle Junín, en la década de los cuarenta.
- 5 Señor Miguel Ángel Hidrovo, quiteño de 85 años de edad, nacido en la calle Sábana Santa, Barrio San Blas.
- 6 Entrevista a la señora Ángela de Paredes.

- 7 Fondo de Ciencias Humanas, Banco Central del Ecuador (FCH/BCE), "Días de Inocentes", *El Comercio*, martes 7 de enero de 1913, p. 3.
- 8 Padre Gonzalo Valdivieso Eguiguren, de la orden Dominicana, nacido en Loja, de aproximadamente 70 años de edad, vive en Quito desde los cinco años de edad. Entrevista realizada en el mes de mayo de 2007.
- 9 *Ibidem*.
- 10 Entrevista al señor Francisco Miño.
- 11 Entrevista de la señora Ángela de Paredes.
- 12 Miguel Ángel Cevallos Hidrovo, describe el Corso del siguiente modo: "un desfile de carrozas, un desfile de autos, cuando los autos ya llegaron eran descapotables, entonces la gente hacia un recorrido entre los puntos que le cité, la Alameda y Santo Domingo, y daba vueltas por la calle Guayaquil. [...] Desde los balcones se lanzaban serpentinas y flores y desde los autos se devolvía esas serpentinas y esas flores a los balcones. El Corso salía como el fin de fiesta, el 6 de enero. [...] Las personas acomodadas iban en sus automóviles, automóviles descapotables o los coches tirados por caballos que se adornaban con flores, pues más tarde ya el pueblo propiamente alquila camiones, los decoraba de mil maneras con papeles de colores, con flores, en fin se empeñaba de alguna manera. Pero el Corso de flores era una cosa muy distinguida era una cosa de gente acomodada porque aunque baratas las flores entonces, había pues que gastarse diez sucres me supongo en rosas, no; y con diez sucres una familia entonces podía comer un mes.
- 13 FCH/BCE, "Fin de Año", *El Comercio*, Quito, viernes 3 de enero de 1913, p. 3.
- 14 FCH/BCE, "Informaciones. Días de Inocentes", en diario *El Comercio*, Quito, 7 enero 1913, p. 3.
- 15 FCH/BCE, "El Año Nuevo en Quito", *El Guante*, Guayaquil, 2 enero 1926, p. 3. "La fiesta de Año Nuevo se ha realizado aquí con desbordante entusiasmo [...] En muchas residencias particulares se dieron sendas y suntuosas recepciones, observándose en todas ellas, la más franca alegría, entendiéndose hasta bien entrada la hora de la mañana de hoy. Así mismo, se prolongaron, sin mayores contratiempos, los bailes públicos con disfraces, que se efectuaron en los salones y cinemas, con motivo de las fiestas de inocentes."
- 16 Grupo focal del CEAM, entrevista realizada en el mes de mayo de 2007, señora Rosario Chiriboga, quiteña de 72 años de edad, del barrio de San Roque.
- 17 Grupo focal reunido en la González Suárez, entrevista realizada en el mes de mayo de 2007. Testimonios de las señoras Mélida Buendía y Myrian Álvarez de Avilés, quiteñas de aproximadamente 70 años de edad.
- 18 Entrevista al señor Miguel Ángel Cevallos Hidrovo.
- 19 *Ibidem*.
- 20 El señor Cevallos define a las "angarillas" como canastitas de totora que colgaban de los hombros.
- 21 *Ibidem*.
- 22 El Pierrot, al parecer es un payaso de origen francés, que viste un traje de dos piezas: un blusón con tres o cuatro grandes botones negros y un pantalón, las dos piezas de color blanco, confeccionados con una tela brillante, zapatos grandes y negros y un pequeño gorro también ese color; tenían la cara pintada de blanco y los ojos delineados en negro.
- 23 Ramiro Mosquera Regalado hace una descripción muy alegre y bastante detallada de este personaje tan típico de Inocentes: "La mama chuchumeca era toda una figura clásica de los añorados Inocentes, llevando un capacho puesto con vestido gitano de estridentes colores, zapatos con cascabeles, cintas multicolores en sus codos, enaguas almidonadas, careta de alambre, canasto en el un brazo y látigo en el otro" (2003:192).
- 24 Grupo focal del CEAM, señora Rosario Chiriboga, quiteña de 72 años de edad. Entrevista realizada en el mes de mayo de 2007
- 25 Entrevista al señor Marco Chiriboga.
- 26 Entrevista al doctor Miguel Ángel Cevallos Hidrovo.
- 27 Biblioteca Aurelio Espinoza Pólit (BAEP), "El Año Nuevo en Quito", *El Guante*, Guayaquil, 2 enero 1926, p. 3.
- 28 Falconi, Aurelio. "Canción del año viejo", en *Altos Relieves* quinceinario de literatura, Nro. 12, Quito, diciembre 1906.
- 29 Archivo Nacional de Historia/Quito, "Auto sobre evitar desórdenes en los días de Inocentes", caja No. 180, Vol. 431, Exp. 168, Fondo Especial, ff. 184-184v.
- 30 ANH/Q, "Auto sobre evitar desórdenes en los días de Inocentes", caja No. 180, Vol. 431, Fondo Especial, expediente 170, ff. 186.
- 31 FCH/BCE, revista *Caricatura*, No. 4, Quito, enero 1º de 1919
- 32 BAEP, "Instantáneas. Para la historia natural", *Fray Gerundio*. Publicación ocasional, No. 149, Quito, 1909, p. 4.

FUENTES PRIMARIAS

Archivo Nacional de Historia, Quito (ANH/Q)
 "Auto sobre evitar desórdenes en los días de Inocentes",
 caja No. 180, Vol. 431, Fondo Especial, expediente 170, ff. 186.

Biblioteca Museo Aurelio Espinoza Pólit (BAEP)
El Comercio, Quito 1º de enero de 1886, No. 1, p.3
El Conservador, "El 31 de diciembre", 1º enero 1920, p. 1
El Conservador, Quito, 6 enero 1920, p. 1

El Guante, "El Año Nuevo en Quito", Guayaquil, 2 enero 1926, p. 3.
Fray Gerundio, "Instantáneas. Para la historia natural", Quito, 1909, No. 149, p. 4.
La Avispa, "El primer disfraz", Ambato, 8 enero 1887, No. 3, p. 11.
La Revista Literaria. Publicación quincenal, de literatura, ciencias y variedades. Director Sr. Julio Arboleda, Quito 1° enero 1881, No. 1.

Fondo de Ciencias Humanas del
 Banco Central del Ecuador (FCH/BCE)

El Comercio, "Informaciones. Días de Inocentes", Quito, 7 enero 1913, p. 3

El Comercio, "Fin de Año", Quito, 3 enero 1913, p. 3.
El Ecuatoriano, Quito 2 enero 1913, No. 690, p. 3.
El Guante, "El Año Nuevo en Quito", Guayaquil, 2 enero 1926, p. 3.
Revista Caricatura, No. 4, Quito, 1° enero 1919.
Boletín de la Academia Nacional de Historia, "Fiestas que se celebraban en Quito a fines del siglo XVIII", Vol VII, Quito, septiembre-octubre de 1923, No. 19, p. 263, Quito: Imprenta de la U. Central.

BIBLIOGRAFÍA

- Andrade Coello, Alejandro (comp.)
 1934. *Recuerdos de Quito*, Quito: impreso por Nestor Romero D.
- Carrión, Germán
 1980. *Ecuador Fundamental*, Guayaquil: A.G. Senefelder.
- Cevallos, Pedro Fermín
 1994 (1889). "Los Inocentes", en Paulo De Carvalho-Neto (comp.), *Antología del folklor ecuatoriano*, Quito: Abya-Yala.
- Cossio de, José María
 981. *Los toros. Tratado técnico e histórico*, Madrid: Espasa Calpe S.A.
- Cuvi, Pablo
 2002. *Ecuador: ¡Viva la fiesta!* Quito: Dinediciones.
- Dávalos Hinojosa, Ángel Alberto
 s/f. *Una historia olvidada. Antigüedades, curiosidades y reminiscencias de prensa. Mosaico de datos (de 1830 hasta 1832)*, Quito: El Quinde.
- Guevara, Darío
 1966. "La quema del año viejo en Quito". Separata de la revista *Folklore Americano*, año XIV, No. 14, Lima: s.p.
- Garrido, Margarita
 1996. "La vida cotidiana y pública en las ciudades coloniales", en Beatriz Castro Carvajal, editora, *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Bogotá: Editorial Norma.
- Hassaurek, Friedrinch
 1994 (1860). *Cuatro años entre los ecuatorianos*, No. 5, Quito: Abya Yala.
- Holinski, Alexandre
 1994 (1861). "Las Mascaradas", en Paulo De Carvalho Neto (comp.), *Antología del folklor ecuatoriano*, Quito: Abya-Yala.
- Kolberg, Joseph
 1941 (1871). "Quito", en Eliécer Enríquez (comp.), *Quito a través de los siglos*, Quito: Imprenta Municipal.
- López Cantos, Ángel
 1992. *Juegos, fiestas y diversiones en la América española*, Madrid: Editorial Mapfre.
- Morales, Juan Carlos
 2005. *Quito las calles de su historia*, Quito: Imprenta Mariscal.
- Mosquera Regalado, Ramiro Fernando
 2003. *¡Quito! "Arrugas inolvidables"*, Quito: Editorial Atlantic.
- Naranjo, Marcelo
 1992. *La cultura popular en el Ecuador*, Quito: CIDAP.
- Ortiz, Alfonso (ed.)
 2005. *Imágenes de Identidad. Acuarelas quiteñas del siglo XIX*, Biblioteca Básica de Quito, Vol. VI, Quito: Trama-FONSAL.
- Orton, James
 1941 (1867). "Los Andes y el Amazonas; o notas de un viaje de Guayaquil a Pará", en Eliécer Enríquez (comp.), *Quito a través de los siglos*, Quito: Imprenta del Ministerio de Gobierno.
- Stevenson, W.B.
 1959 (1808). "Algo mas acerca de la vida de Quito", en Humberto Toscano (ed.), *El Ecuador visto por los extranjeros (viajeros de los S. XVIII y XIX)*, Puebla: J.M. Cajica Jr. S.A.
- Vega Salas, Jaime
 1996. *Reminiscencias (en busca del Quito perdido)*, Quito: Gráficas Ortega.

Páginas siguientes:

8, 9, 10 y 11: Baile de Inocentes, Plaza Belmonte, 1937-1938. Fotos: Gottfried Hirtz.









Apunte del Baile de Maicarasen la Plaza de Toros.

